

lo más recóndito del bosque después de haber atacado á los ciervos jóvenes para desfogar sus instintos de venganza.

En tanto que los machos riñen para dilucidar la cuestión de quién ha de ser el dueño de las hembras, éstas miran con la mayor indiferencia, sin interesarse por ninguna de las partes, los trances de la lucha por mera curiosidad, pues que al fin son hembras y acatan al vencedor, como hubieran acatado al vencido en el caso de ser más fuerte.

Dueño, el venado más afortunado, de las hembras, va en busca del objeto de sus afanes. Las ciervas viejas le reciben con más ó menos coquetería. Al principio todas se muestran bastante esquivas; rehuyen lo que anhelan por exceso de coquetismo; pero al fin ceden á sus propias pasiones. En tanto, las ciervas nuevas, y sobre todo las cervatillas, se ocultan á las miradas del sultán y le huyen, el cual, excitado por el deseo de conquistar lo que se le niega, y ávido de triunfos me-

nos fáciles, corre todo un día en pos de ellas, buscando su pista con la cabeza baja cuando se le ocultan, hasta encontrarlas, y recibe, por fin, el premio á sus constantes desvelos. Extenuado de fatiga y de placer, busca un bañil en donde pueda templar su ardor y reposar breves instantes para recuperar sus perdidas fuerzas.

En medio de estas dulzuras, le sorprende el frémito de otro rival. Orgullosa y celoso de que le quieran robar su tesoro, responde al reto con gran brío, y desafía al pretendiente, procurando antes encerrar á sus hembras en estrecho círculo, para así dominarlas mejor. En tanto que defiende su propiedad de las pretensiones del nuevo aventurero, acude algún venado joven para aprovechar la ocasión de la corta ausencia del déspota; y, cosa extraña, es aceptado de buena voluntad, sobre todo por las ciervas viejas, que aprovechan la ocasión de vengarse de la preferencia que el señor de la manada dió á las jóvenes en perjuicio de sus derechos.



CAPITULO IV

LAS HUELLAS DE LOS VENADOS

• I



os lectores de esta obra, sobre todo si son fervientes discípulos de San Huberto, leerán con gusto los siguientes detalles venatorios que nos proporcionan los libros de caza:

«Una de las principales y más difíciles misiones del antiguo venador ó montero era la de escatimar las pistas ó rastros de las reses, y clasificarlas según la clase á que pertenecían, su tamaño y sexo, para, según ellos, venir en conocimiento de si había reses cazables en el monte en que se hacía la busca.

Las reses cazables se distinguían con el nombre de *buen venado* si eran de muchas libras, y *venado capital* si eran extraordinarias por su edad y peso.

Venado se llamaba á las reses, tales como el oso, el jabalí, el ciervo, el gamo, el corzo y el rebeco, sarrío ó gamuza, cuyos tres nombres pertenecen á un mismo individuo. Los dos primeros se distinguían con el apelativo *negro*: así, pues, se decía *venado negro*, y comprendía al oso y al jabalí. Los dos siguientes, ó sean el ciervo y el gamo, eran apellidados *venado cervuno*. Las

cuatro especies constituían el *venado*, que cazaban los reyes y los señores de la edad media. Según la legislación de algunos países de Europa, estaba prohibida la caza de este venado á quien no fuera noble, y los contraventores sufrían la pena capital. La caza del ciervo, sobre todo, que era tenido por *venado real* ó *venado noble*, fué más de una vez castigada con la muerte del que osaba cazar ese bello animal sin tener sangre azul. En Francia, por ejemplo, subsistió esta ley hasta los estados generales de 1787.

La caza del venado negro, así como la del venado cervuno, era dispendiosa y de grande aparato, pues exigía muchos y buenos monteros, grandes jaurías de canes amaestrados para perseguir las reses, y á más una respetable cantidad de perros de busca ó de trailla, cuya misión no era otra que la de escatimar las huellas con los monteros.

En términos venatorios, *escatimar una huella* no es más que seguirla para averiguar el paradero de la res que la causó; y *clasificar la huella* significa tanto como venir en conocimiento de la edad, sexo, peso y clase de res que la produjo.

Hoy en día son muy contados los cazadores que son peritos en huellas, sobre todo en nuestro país, donde ya no se corre, sino rara vez, el ciervo ni el jabalí. En el centro de Europa aun existen cazadores á la anti-

gua, que saben escatimar y clasificar las huellas, así como saben adiestrar los perros para la busca.

Escatimar y clasificar bien una huella no es asunto fácil, pues requiere en el montero tener un conocimiento exacto de las costumbres de las reses en todas las épocas del año, sus condiciones según la localidad en que moran, y el peso probable según su alimento ordinario. Debe además conocer todas las señales que distinguen al macho de la hembra en cada especie, en cada edad y en todas las circunstancias; porque la huella de un venado no es la misma estando flaco que cuando está cargado de saín; la pista de verano no es igual

á la del invierno; la del venado que corre ó va huído no se marca como cuando va *cenando* ó cuando marcha reposado; en fin: cuando la res no deja huella marcada en el piso, por hallarse éste demasiado duro, debe saber buscar los escodaderos, los picaderos, las heridas que hace en los árboles á su paso, y, en defecto de todas estas señales, debe atenerse á las indicaciones que le de la freza de las reses.

Sentado esto, vamos á seguir el procedimiento que empleaba el montero para escatimar las huellas después de clasificarlas.

La circunstancia de salir el venado todas las noches



¡¡ Halal !!

al pasto, ó á la *cena*, como decía el antiguo venador, era aprovechada para, cuando se retiraban las reses á sus encamos, observarlas á la vista, situándose en una altura y cerca de los cambios ó trochas, llamadas también *veredas* ó *pistas*. Esta operación se llama *atalayar las reses*. El objeto que se proponía el venador al atalayar una res no era otro que adquirir exacto conocimiento de todo lo que pudiera serle útil para determinar el punto donde tenía su encamo, y si era res de residencia fija en el monte en que hacía la busca, ó si era de paso. Acontecía muchas veces que no atalayaba con éxito, y entonces se veía forzado á buscar la hue-

lla fuera ó á la entrada del monte después de haberse recogido la res. En este caso, procedía siguiendo la línea que dividía el monte del campo, observando las huellas que notaba, hasta encontrar una que respondiera á las exigencias; esto es: bien la de un buen venado, ó de un venado capital.

Tan luego como tenía una huella de una tal res, seguía su dirección después de señalarla con una *quebradura* ⁽¹⁾, poniendo al perro sobre aquella.

(1) Dábase el nombre de *quebradura* á una señal que se ponía en algunas huellas con una ramita quebrada por la mitad, con las puntas en dirección á la que llevaba la res, si era hembra, y dos si era macho.

Las huellas se buscaban con preferencia después de la caída de una nieve *nueva*, ó sea la que caía después de media noche, ó bien á la salida del Sol después de haber escarchado, durante el invierno, ó si había caído rocío en tiempo más bonancible; y, por último, sobre terreno recién labrado, ó por los caminos después de haber sobrevenido una lluvia.

Puesto el montero sobre la pista de una res, y antes de dar *largas* al perro buscador, marcaba la huella por medio de una quebradura, como queda indicado; baja ó terrera si no había temor de que se la llevase el viento, y alta en caso de correr peligro de perderse la baja. Bueno es también que se marque en la punta de la pezuña con una raya siendo hembra la res que la causó, y en el talón de la huella si es macho. Siempre que se cambie de dirección se pondrá una quebradura, marcando la que se sigue con la parte quebrada. Si se pasa de un camino á otro, ó bien de una calle á otra, se pondrá una quebradura en el camino ó calle que deje en pos de sí, y otra en la que entre.

Tan luego como el montero vea que la pista penetra en un rodal de monte ó en una espesura, los rodeará para ver si encuentra la huella de salida de la res que persigue. Si la halla es señal de que la res siguió adelante; pero, si al dar la vuelta á todo el rodal ó espesura no encontrase la pista de salida, entonces es indudable que está dentro de aquel sitio.

Esta operación se hace con todas las huellas que se encuentran y conducen á un rodal determinado. Cuando más tarde se recorren las lindes del rodal para clasificar las pistas, se vuelven á repasar todas; y si se encuentra una nueva huella que no está marcada, es señal que la res ha entrado después de haber hecho el primer reconocimiento si las uñas de las pezuñas ó carnicoles están en la dirección del rodal, y si están en sentido contrario indican que ha salido.

Del reconocimiento hecho en todos los rodales de un monte, escatimando las huellas, deducirá el número de reses que existen en él. Para mayor claridad, pongamos el siguiente ejemplo:

Un monte que consta de cinco rodales, A, B, C, D, E, va á ser reconocido para determinar el número de reses que contiene. Empezando por el rodal A, veremos las huellas de entrada que tiene en su perímetro, y también las de salida. Si tiene más de las primeras que de las segundas, claro es que la diferencia nos indica que dentro de él hay tantas reses. Si, por el contrario, hay más de salida que de entrada, la diferencia nos dice que hubo tal número en aquel rodal, que ha

pasado á otro; y si hay tantas de las unas como de las otras, nos demuestran que aquellas pistas son de paso si van todas en un mismo sentido, y que en aquel rodal no hay reses siempre que las pistas sigan adelante.

Reconocido el rodal A, se pasa á reconocer el rodal B, y así sucesivamente. La suma de las reses que haya en los cinco rodales será el número de las existentes en todo el monte.

Al tiempo de hacer esta operación deben clasificarse las huellas con el objeto de no equivocarse, y de este modo se fijará el número de las que hay de cada clase y edad.

Así se observará la *querencia* de la res que se deba cazar, como su salida, después de observada la *arrancada* ⁽¹⁾ del animal.

Con estos datos, el día en que se ha de cazar una res declarada cazable, irá el montero conduciendo al perro de trailla al punto donde sabe que existe aquella, y poniéndolo en su rastro, no parará hasta que la haga arrancar. Desde el momento en que el perro muestre tener vientos de la res, el montero lo soltará para que lo haga arrancar; y en el momento en que esto suceda, lo cual se indica por salir latiendo detrás del venado, debe darse el toque de arrancada para que suelten las jaurías y salgan en busca del perro maestro ó del montero que persigue la res á caballo.

Éste era, y es aún, en los países donde se persiguen las reses á caballo, el método empleado para hacer la busca.

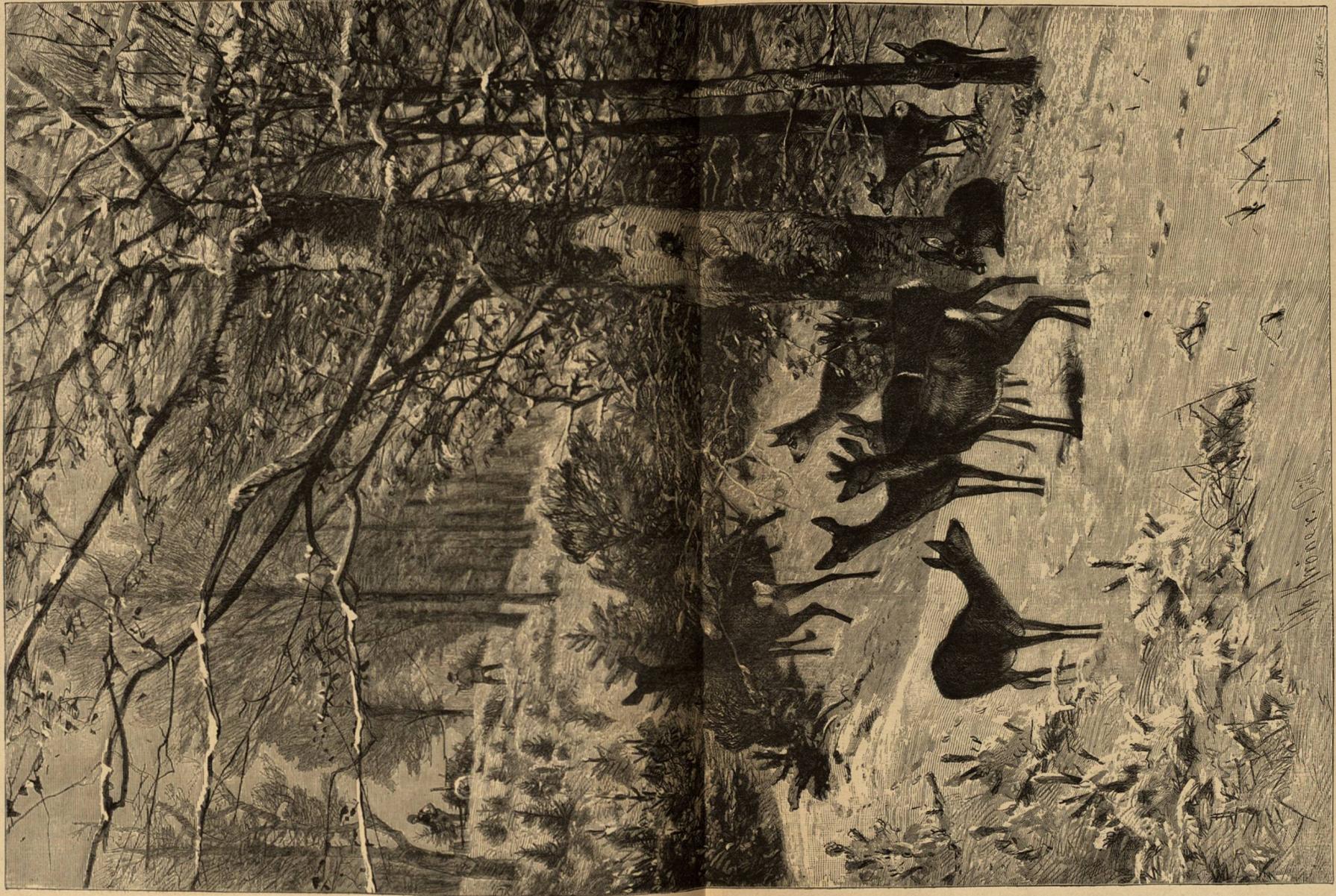
II

Recuerdo haber leído en un periódico forestal y venatorio de Alemania, que un ciervo de catorce puntas de un bosque del reino de Baviera, que había sabido evitar la encarnizada persecución de que era objeto por parte de los empleados forestales, al fin fué muerto por su afición á la música.

Como este caso es bastante interesante, lo transcribiré tal como lo recuerdo, y después presentaré otros para ver si puede deducirse que sean los ciervos en general aficionados á la música.

En una hermosa tarde de un día festivo regresaba el guarda forestal B. de dar la vuelta á su cuartel, entrando en una posada de la carretera, situada en medio del monte, con ánimo de descansar y de beber un vaso de cerveza para refrescarse. El salón de la posada se

(1) La huella que marca una res al salir del encamo.



CIERVOS EN ESCUCHA, POR KRÖNER